

MÁS CIZAÑA QUE TRIGO

Juan José Tamayo

31 años ha que llegaba por segunda vez a la Ciudad del Vaticano Joseph Ratzinger. La primera fue para participar en el concilio Vaticano II como asesor teológico junto a colegas tan prestigiosos como Edward Schillebeeckx, Karl Rahner, Yves M^a Congar, Chenu, Bernhard Häring, Hans Küng y otros. Eran tiempos de reforma eclesial, a la que contribuyó eficazmente. La segunda vez era para quedarse *sine die*. La estación reinante en el Vaticano no era la primavera eclesial de la época del Vaticano II, sino el comienzo de una larga invernada que iban a encargarse de mantener el papa Juan Pablo II que le había llamado a su lado y él mismo en plena sintonía. El teólogo Ratzinger, nombrado cardenal por Pablo VI, llegaba entonces para sentarse en el sillón de mando de la todopoderosa Congregación para la Doctrina de la Fe para dictar sentencias, la mayoría de ellas condenatorias, contra sus compañeros: profesores de teología, de moral católica, de historia de la Iglesia, algunos colegas en la universidad y en el aula conciliar, acusados de errores graves en su interpretación de los dogmas del cristianismo.

Durante casi un cuarto de siglo estuvo instalado en el epicentro del poder de la Curia romana. No había asunto importante que no pasara por sus manos. Se encargaba de redactar los documentos de mayor relevancia teológica y moral. Interventía, directa o indirectamente, en el nombramiento de obispos de todo el mundo. Presidió la Comisión Teológica Internacional y la Pontificia Comisión Bíblica. Fue redactor del catecismo de la Iglesia Católica. Por la mesa de la Congregación pasaron las numerosas denuncias de abusos sexuales de sacerdotes y religiosos en colegios, residencias y parroquias. Hasta la Congregación presidida por el cardenal Ratzinger llegaron las acusaciones contra las aberraciones de Marcial Maciel, venidas de todas las partes donde los Legionarios de Cristo tienen colegios, universidades, residencias e instituciones a su cargo. Era la persona mejor informada de la Curia, mejor incluso que el papa.

Sin embargo actuó con una doble vara de medir. Se mostró intolerante e inmisericorde con los colegas que disentían de sus planteamientos, mientras que guardó en el fondo de los cajones de la Congregación los casos de abusos sexuales, e impuso silencio a las víctimas para evitar el escándalo, en vez de entregar a los culpables en

manos de la justicia y de sancionarlos con las penas que contempla el Código de Derecho Canónico.

Durante sus años de pontificado no pararon de llegarle escándalos tras escándalos. Y siguió aplicando la ley del embudo: rigidez y sanciones para los teólogos y los teólogos – por ejemplo, contra Jon Sobrino- acusados de errores doctrinales que solo están en su mente de guardia de la ortodoxia y falta de firmeza para los delitos sexuales, irregularidades financieras, actos de deslealtad, etc. Creo que, ni cuando estaba al frente de la Congregación para la Doctrina de la Fe ni cuando ha ejercido como Sumo Pontífice, ha sido capaz de separar la cizaña del trigo. Y ¿qué ha sucedido? Que la cizaña no ha dejado crecer el trigo, y en el Vaticano hay más cizaña que trigo. Al final se le han acumulado todos los problemas que no resolvió a tiempo y se ha visto obligado a dimitir. Decisión a elogiar, pero siempre que antes hubiera limpiado el Vaticano.

Juan José Tamayo es director de la Cátedra de Teología y Ciencias de las Religiones de la Universidad Carlos III de Madrid. Sus últimos libros son: *Juan Pablo II y Benedicto XVI. De neconservadurismo al integrismo* (RBA, 2011), *Otra teología es posible* (Herder, 2102, 2ª ed.) e *Invitación a la utopía* (Trotta, 2012)